



Convergencia. Revista de Ciencias Sociales
ISSN: 1405-1435
revistaconvergencia@yahoo.com.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Aranda Sánchez, José
El Movimiento Estudiantil y la Teoría de los Movimientos Sociales
Convergencia. Revista de Ciencias Sociales, vol. 7, núm. 21, enero-abril, 2000
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10502108>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El Movimiento Estudiantil y la Teoría de los Movimientos Sociales

José María Aranda Sánchez

Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades-UAEM

Resumen: El objetivo de este artículo es revisar la condición teórica del movimiento estudiantil como un caso particular de movimiento social, en el contexto del paradigma de los Nuevos Movimientos Sociales, el cual resulta pertinente para el análisis.

Palabras clave: teoría de movimientos sociales, nuevos movimientos sociales, movimiento estudiantil, identidad colectiva.

Abstract: *The aim of this article is to review the theoretical status of the student movement like an special case of social movement, in the context of the New Social Movement's paradigm, which is pertinent for the analysis.*

Key words: *Social movements theory, social movements, student movement, collective identity*

Introducción

La teoría de los movimientos sociales se encuentra en un momento muy importante de su desarrollo, ya que una vez sentadas las bases de una “teoría general” hacia finales de los setenta y durante los ochenta, que diera cuenta del conjunto de formas y características básicas de los movimientos sociales, hoy se avanza hacia la formulación de teorizaciones particulares, con base en los diferentes tipos y niveles de los movimientos. De tal manera que se está ganando en especificidad, a través de conceptualizaciones que permiten abordar las modalidades existentes y las emergentes, lo que en conjunto contribuye a un mayor rigor teórico del tema en cuestión, complementando los planteamientos iniciales y aportando acotaciones para el análisis de caso.

Al finalizar el siglo XX surgen una serie de reflexiones y recapitulaciones, sobre todo en relación con las principales tendencias teóricas vigentes. En este contexto, algunas manifestaciones de la sociedad civil expresan abiertamente el descontento, la incertidumbre y la decisión de impulsar cambios, marcando un ciclo más de protestas vinculadas directamente con la situación de crisis social y política agravada por el neoliberalismo. El caso más emblemático es el

movimiento estudiantil, que se presenta con su radicalismo y explosividad característicos, como una de las movilizaciones más impactantes al terminar el segundo milenio de nuestra era.

El objetivo de este artículo es estudiar el movimiento estudiantil en el marco de la teoría de los movimientos sociales, realizando un recorrido por los planteamientos que buscaban explicar su acción trascendente a finales de los sesenta, las repercusiones que tuvo en Europa y Estados Unidos, y los enfoques que en esos dos ámbitos territoriales fueron surgiendo para el estudio y comprensión de los nuevos movimientos sociales. Paradigma que precisamente surgía en principio como necesidad para el estudio e interpretación del movimiento estudiantil.

La exposición se inicia con algunas consideraciones en torno a los paradigmas actuales, profundizando en el de los nuevos movimientos sociales; aunque señalando los alcances y limitaciones que tiene su aplicación a las condiciones particulares de América Latina. Con ese recuadro analítico, se presenta un conjunto de particularidades del movimiento estudiantil, buscando llamar la atención sobre su especificidad.

La teoría de los movimientos sociales a finales del siglo XX

En el análisis de los movimientos sociales a finales de los noventa, es posible identificar al menos tres aproximaciones principales que aún tienen vigencia, aunque, como veremos más adelante, son dos las que más interesa contrastar para fundamentar el estatuto teórico del movimiento estudiantil. Puesto que si bien existe consenso en considerarlo dentro de los nuevos movimientos sociales, su actitud antiestatal, en el marco del excesivo control y autoritarismo del Estado sobre la sociedad en América Latina, hace que deban tenerse presentes las complicadas relaciones entre el poder estatal y el movimiento estudiantil:

- La teoría de la “conducta colectiva”.
- Teoría de la “movilización de recursos” (cuya continuidad es el Enfoque de Oportunidades Políticas).
- Las concepciones de los “nuevos movimientos sociales”.

Consideremos ahora los principales rasgos de las tres aproximaciones:

La explicación de la “conducta colectiva” es aún aceptada como de las pioneras en los estudios de movimientos sociales. Entre los seguidores de esa corriente estuvieron varios sociólogos de la Escuela de Chicago, como Ralph Turner y Lewis Killian; Talcott Parsons y su estructural funcionalismo, y sobre todo Neil Smelser quien formalizó y clarificó el planteamiento en su conocida obra *Theory of collective behavior* (1962). Los defensores de esa orientación consideran a los movimientos sociales como reacciones semi-rationales a condiciones anormales de la tensión estructural, entre las principales instituciones sociales. Esa tensión produce un inadecuado funcionamiento del sistema social en su conjunto. Smelser explicaba el mecanismo de la emergencia de los movimientos sociales, donde éstos son el síntoma y expresión de una sociedad enferma. Una sociedad sana no tendría movimientos sociales, ya que cuenta con una formalidad política y “normas” para la participación social. La teoría de la acción social aportó interesantes reflexiones a la inicial elaboración del funcionalismo, y actualmente las concepciones de la acción colectiva permiten un acercamiento al estudio de movimientos y organizaciones sociales. Aunque también se plantean diferencias entre la acción colectiva y el movimiento social, sobre todo en el grado y alcances de la primera, así como en los objetivos de mayor importancia social en el caso de los movimientos sociales (Bolos, 1999:119-121).

La segunda aproximación importante es la “movilización de recursos”. Entre sus principales exponentes están Tilly, Zald, Ash y Kitschelt. Esos autores rechazan que los movimientos sociales sean respuestas racionales y novedosas a nuevas situaciones y oportunidades en la sociedad. Más bien, los movimientos son vistos como formas innovadoras de participación política, la cual crea y toma nuevos recursos políticos disponibles en las modernas sociedades democráticas. Los movimientos son percibidos como grupos de presión emergentes o como partidos embrionarios. Los movimientos sociales no son vistos tanto así como un síntoma del mal funcionamiento social o de patología. Ellos surgen como parte de los procesos políticos y tienen objetivos precisos. De ahí que después de importantes contribuciones para afinar este encuadre analítico, surgió el Enfoque de Oportunidades Políticas, derivando en un mayor peso a las opciones de negociación que al manejo de los recursos; aunque sin dejar de considerarlos como parte de ese “convenio” entre quienes

detentan el poder y los que se movilizan para aprovechar coyunturas y ventajas.

La tercera orientación relevante es la de los “nuevos movimientos sociales” (con los aportes de Habermas y Offe, entre otros), la cual presentó variantes y momentos de especificidad, pero que se manifiesta en general tanto como un síntoma y a la vez posible solución de las contradicciones inherentes a la moderna sociedad super-burocrática. Los movimientos sociales articulan la tensión que se genera entre la esfera en extensión de la autonomía humana y la creciente regulación implícita en la lógica del desarrollo postindustrial. Esta contradicción se ve reflejada en nuevos conflictos, los cuales, según Habermas (1981:34):

...no surgen tanto en las áreas de la reproducción material; tampoco se canalizan a través de partidos y organizaciones... Más bien, los nuevos conflictos aparecen en áreas de la reproducción cultural, la integración social y la socialización.

En el paradigma de los “nuevos movimientos sociales” se trata de las contradicciones entre el individuo y el Estado: nuevos valores que cuestionan el estado de cosas, a partir de intereses sociales universales.

El estudio de los movimientos sociales ha sido abordado en los últimos años por dos paradigmas principales y opuestos, que si bien no son los únicos en uso, interesa confrontarlos brevemente aquí ya que representan concepciones opuestas, que para el caso de estudio, sin embargo, es necesario incorporar, y una de las cuales permite analizar al movimiento estudiantil: el Enfoque de Oportunidades Políticas (EOP), y el de Nuevos Movimientos Sociales (NMS). La diferencia central entre los dos enfoques radica en la importancia primordial que el primero otorga al Estado y sus instituciones, en tanto que el NMS da preferencia a los procesos de la sociedad civil, que constituyen la fuente y medio por el que los movimientos sociales actuales desarrollan sus acciones.

El interés del primer enfoque es identificar las condiciones en que pueden darse determinadas reacciones del Estado ante las demandas de los movimientos, por lo que en aquellas ocasiones que reflexionan sobre la sociedad civil es bajo la idea de las operaciones racionales que llevan a cabo los actores, en términos de evaluación de las opciones y coyunturas políticas favorables.

En cambio, los seguidores del enfoque NMS no consideran al Estado y los procesos políticos estructurales, dando mayor peso al conocimiento de las identidades y objetivos resultantes de diversas formas de asociacionismo y activismo colectivo con carácter movilizador (Touraine, 1981; Melucci, 1985; Cohen, 1985).

Tal vez la línea de diferenciación conceptual más evidente entre estas dos visiones pueda advertirse en el debate vigente acerca del empleo del calificativo “político” en oposición al calificativo “social”, así como en las referencias a lo “viejo” en contraste con lo “nuevo”, al analizar los movimientos sociales. La cuestión es poder determinar si los movimientos que ponderan al Estado y/o atribuyen importancia a la participación y representación ciudadana deberán ser considerados como movimientos políticos o sociales, y si es adecuado caracterizarlos como viejos o nuevos en caso de establecerlos como movimientos sociales y no políticos.

En este sentido, los partidarios del enfoque NMS son claros en marcar una línea divisoria. Los movimientos de la época contemporánea son eminentemente sociales y definitivamente nuevos, debido a que la ciudadanía y, por lo mismo, el poder político les parece menos importante que el ámbito cultural, cuyo eje se conforma por los valores y estilos de vida. Su propósito es la movilización de la sociedad civil, no la toma del poder político.

Lo anterior se debe, principalmente, a que el objetivo principal de los individuos en las sociedades actuales se relaciona más con la libertad existencial y la constante creación cultural, como es el caso de las luchas para oponerse a la “colonización del tiempo de vida” impuesta por la estructura tecnocrática identificada por Habermas (1986). Así, la sociedad civil se presenta como sujeto y objeto del movimiento y participación activa. Esto último se contrapone a las preocupaciones de los movimientos sociales anteriores, en la medida en que se identificaban con su carácter político, puesto que reclamaban al Estado o incluso perseguían el poder político como meta, como es el asunto de los partidos políticos, designados como casos típicos de los “viejos” movimientos sociales.

Particularmente, los teóricos de los NMS analizan los movimientos sociales en relación con su autonomía o separación respecto del Estado y sus instituciones, así como de los procesos políticos estructurales, posición que en buena medida perfila el tipo de los movimientos y sus

acciones, en una gama que abarca tanto el surgimiento de identidades relativamente al margen de las clases sociales, hasta la manifestación de acciones eminentemente democráticas. En términos de Offe (1985), “rebasan al Estado”, y justamente esa distancia que establecen con relación a la política, se considera como condición de su éxito (Melucci, 1985:1035).

Para varios investigadores de los movimientos sociales en México, el estudiantil es considerado dentro de los llamados nuevos movimientos sociales, los cuales se caracterizan por ser organizaciones sociales donde predomina una composición social heterogénea, una organización basada en un liderazgo múltiple y una actitud eminentemente antiestatal (Muro, 1994:46).

Sin embargo, para aproximarnos a una concepción más analítica del movimiento estudiantil, veremos a continuación qué tanto nos permite comprenderlo la orientación conocida como nuevos movimientos sociales.

El paradigma de los nuevos movimientos sociales

Mientras que las movilizaciones de los sesenta reanudaban y renovaban el estudio de los movimientos sociales en ambos lados del Atlántico, los efectos de ese periodo fueron diferentes para los especialistas europeos y para los americanos. Así, en tanto que la atención de los americanos rápidamente clamó por los estudios de las organizaciones, las actitudes individuales y la violencia de las masas, el interés de los europeos se dirigió a los fundamentos macroestructurales y culturales que ellos planteaban como influencia en el surgimiento de los nuevos movimientos. Si los americanos fueron influidos por las teorías de la elección racional, la cual era una reacción contra las viejas tradiciones de la *conducta colectiva*, los europeos miraron más instintivamente hacia los cambios en el moderno capitalismo, y un rechazo contra sus propias obsesiones tradicionales con las clases trabajadoras. Muchos hablaron de una crisis social del trabajo, la cual afectó a otros grupos además de los trabajadores y provocó una nueva ola de movimientos en respuesta a la crisis del capitalismo.

Existe una suerte de teoría de los así llamados “nuevos movimientos sociales”, que dominó el debate acerca de la acción colectiva en la Europa Occidental durante los años setenta y principios de los ochenta,

y aún es vigente hoy. De ella hemos aprendido bastante acerca de los efectos del ciclo de protesta de los sesenta. Sin embargo, como toda teoría general, conlleva riesgos de reificación y, en sus formulaciones más extremas, es característicamente ahistórico. Demos un vistazo general sobre el concepto tal como se fue desarrollando en diferentes lugares, para después analizarlo críticamente.

Mientras que el principal paradigma surgido en la sociología americana desde los sesenta fue la teoría de la movilización de recursos¹, su equivalente europeo fue la así llamada teoría de los “nuevos movimientos sociales”. Aunque tuvo sus raíces en la teoría social francesa, alemana, italiana y escandinava, su matriz principal es Habermassiana. En palabras de Kriesi, la teoría de los nuevos movimientos sociales se centró en la “creciente diferenciación del ‘mundo de vida’ y ‘el sistema’, y una concomitante ‘colonización’ del primero por este último” (Kriesi, 1988:356). La colonización del mundo de vida por los imperativos sistémicos implica, entre otras cosas, el cambio del control desde el nivel local parroquial al nivel nacional, nivel del estado; así como el cambio del control desde lo individual al del conjunto de los actores en general.

Los grupos más profundamente afectados por esa pérdida de control se agruparon en los nuevos movimientos sociales. Apesar de la versión particular de dichos movimientos que esta teoría presenta, los teóricos han centrado su atención en cinco características principales que parecen tipificarlos (Tarrow, 1989:58-59).

- *Valores.* Los nuevos movimientos son vistos como antimodernos, rechazando las premisas de una sociedad basada en el crecimiento. Ellos pensaron que buscaban una nueva relación con la naturaleza, con nuestro propio cuerpo, con el sexo opuesto, con el trabajo, con el consumo y se enfocaron en torno a los estilos de vida y la realización de la individualidad.
- *Formas de acción y organizaciones.* Los nuevos movimientos sociales fueron percibidos como un medio para hacer uso extensivo

¹ Considerada como una cierta nueva forma de la Teoría de la Acción, pero en la versión de Tilly (1984 y 1995).

de formas no convencionales de acción y para ser antagónicos a la política. Ellos preferían organizaciones de pequeña escala y descentralizadas, anti-jerárquicas y que favorecieran la democracia directa.

- *Constitución.* Los nuevos movimientos dijeron reclutar sin proporción fijada elementos de dos grupos que encararon particularmente la pérdida de control: aquellos que pagaron los costos del proceso de modernización y aquellos quienes fueron especialmente sensibles a los problemas resultantes de ello. El primer grupo podría no estar definido por la clase social o estatus, mientras que el segundo se encontraba predominantemente en las nuevas clases medias, en particular, entre aquellos dedicados a los servicios sociales y culturales.
- *Nuevas aspiraciones.* Un grupo de autores encontró la fuente de la formación de los nuevos movimientos en un cambio de valores. Inglehart (1971; 1977) consideró la existencia de una “revolución silenciosa”, basada en la prosperidad material, dirigida hacia valores post-materiales. En relación con esto se encuentra la noción de que el estado de bienestar ha creado una nueva serie de expectativas, valores y derechos. El incremento de la prosperidad también generó un aumento en las demandas por el acceso a bienes escasos, muchos de ellos “bienes posicionales” como un ambiente agradable y una buena educación. En el momento en que éstos se generalizaron, obstruyeron la satisfacción de otras necesidades, provocando el congestionamiento del tráfico, contaminación y devaluación de los grados en la universidad (Hirsch, 1977).
- *Satisfacción de necesidades puestas en peligro.* Otro grupo plantea que el surgimiento de los nuevos movimientos se debe al creciente agotamiento social relacionado con la industrialización y la burocratización, lo que llevó a una pérdida de la identidad y a un declive de las relaciones tradicionales y ligas de lealtad. Como resultado, la gente se volvió receptiva a nuevas utopías y nuevos compromisos. Una notable semejanza con las teorías de la “sociedad de masas” de los años cincuenta en Norteamérica puede encontrarse aquí (Kornhauser, 1985).

Teorías de los nuevos movimientos sociales

Algunos especialistas aplicaron el término “nuevos movimientos sociales” a casi todos los movimientos que surgieron del ciclo de los sesenta, incluyendo el estudiantil, el ambiental, el movimiento por la paz, el de las mujeres, nuevos movimientos religiosos, movimientos de invasores de tierras urbanas y de periferias étnicas y otros movimientos con tra los efectos de la desindustrialización (Oloffson, 1988:25). Esto planteó el riesgo de confundir dos significados del término “nuevo”: el genético el cual indica que el movimiento ha emergido recientemente, y muestra las características de todos los movimientos emergentes; y el significado sustantivo, por el cual se entiende que el movimiento es el resultado de nuevos conflictos y tensiones estructurales en el capitalismo avanzado.

Más común fue la delimitación del término para significar un reducido rango de movimientos, todos los cuales, se estableció, eran el resultado de una reacción a la constricción del espacio de vida causado por los cambios económicos, las grandes organizaciones y el estado de bienestar. Movimientos tan diferentes como el feminista, el ecologista y el movimiento por la paz se consideraron como una rebelión en contra de la constricción del espacio de vida, el primero a nivel individual, el segundo a nivel nacional, y el tercero a nivel de la humanidad.

Sin embargo, aún esa definición limitada presentó problemas y parecieron emerger desde la agenda política la defensa de algunos de los nuevos movimientos. Cómo podría un movimiento como el movimiento por la paz, con profundas raíces en la historia europea, y que concierne fundamentalmente a la seguridad política, estar catalogado en el mismo esquema que los movimientos de invasores y el movimiento feminista, con sus implicaciones para la igualdad ocupacional y de derechos, a no ser que estemos dispuestos a excluir una buena parte de cada sector como “viejo”. Dentro de ciertos sectores se defiende a veces la distinción entre “viejo” y “nuevo”, clasificando como nuevos movimientos sólo aquellos interesados en lo relativo a su espacio de vida. El efecto no fue muy diferente que con la distinción que se había hecho en el movimiento de las mujeres americanas entre sus “nuevas” y “viejas” ramas, una distinción que frecuentemente se entendía como una crítica de lo viejo (Freeman, 1975).

Por otra parte, una muy diferente aproximación a los nuevos movimientos fue la de Melucci. Él argumentó fuertemente contra la reificación de éstos, al señalar que los movimientos de todo tipo no son actores unidos sino “sistemas de acción multipolar”, los cuales transitan por fases continuas de construcción y reconstrucción. Centrándose en lo libre e interpersonal de las “redes del movimiento” más que en las organizaciones de los movimientos, Melucci argumenta que esos movimientos movilizan a sus seguidores estableciendo una estrecha identidad entre las necesidades individuales y la identidad colectiva. Su trabajo se enlaza con las teorías de los investigadores alemanes en el interés sobre los aspectos culturales de los nuevos movimientos y en su diferencia con las preocupaciones de carácter más material de los “viejos” movimientos, como el obrero. Pero él otorga mucho más atención a los procesos de formación de nuevas identidades colectivas y estaba más interesado en el significado cultural de los nuevos movimientos que en sus orígenes estructurales (Melucci 1985; 1988).

La reivindicación más global acerca de éstos vino de Claus Offe, quien argumentó que los nuevos movimientos marcaron una ruptura con las soluciones políticas de posguerra y que un nuevo paradigma político, el cual se identificaba con esos movimientos, podría haber sido el resultado de los cambios en el capitalismo avanzado. Él estableció que el Estado de bienestar, el agrandado sector público de las clases medias resultado de aquél y los nuevos “espacios de vida” trataban de caracterizar sus valores coincidiendo para remplazar los viejos consensos de la posguerra, basados en los partidos de base clasista, la economía keynesiana y el crecimiento económico. Y aunque desde entonces ha cambiado su dramático llamamiento, el modelo de Offe es representativo de un amplio grupo de estudiosos, quienes piensan que en los nuevos movimientos algo nuevo ha surgido.

Observaciones a la teoría de los nuevos movimientos sociales

Uno de los problemas con la propuesta de Offe es común a la teoría de los nuevos movimientos en general: ésta opera a un nivel extremadamente estructural, con muy limitada especificación teórica acerca de los procesos de movilización de consensos a nivel del grupo e individual, y muy reducida atención empírica acerca de cómo los actores de base, los participantes comunes en los movimientos sociales son movilizados a la acción (Klandermans y Tarrow, 1988). Mientras

que muy pocos estarían en desacuerdo con Offe y otros teóricos en que los rasgos generales de la sociedad industrial en alguna medida configuran los movimientos particulares que se desarrollaron en los setenta y ochenta, existe una gran distancia entre los cambios estructurales del capitalismo avanzado hasta las decisiones de los individuos y grupos para participar en los movimientos sociales (Klandermans y Tarrow, 1988:23).

Como se trató de demostrar en muchos trabajos de investigación sobre los movimientos sociales, tales decisiones individuales y grupales dependen de una cadena de procesos de intermediación y escenarios, los cuales son difíciles de derivar directamente de la estructura económica y social sin un considerable riesgo de reduccionismo. Esos procesos incluyen la ideación², la solidaridad en pequeños grupos y la formación de la identidad, la construcción de nuevos marcos de significación y la micromovilización. Su origen puede ser buscado, finalmente, en los cambios estructurales, pero su realización se encuentra influida por la eficacia de los líderes y los recursos (o medios), por lo accesibles o inaccesibles que estén las oportunidades políticas generales y por los constreñimientos y re-alineamientos del sistema político.

Si hechos como los anteriores intervienen en forma constante en los procesos de movilización, entonces requieren alguna atención; pero la evidencia es contundente en el sentido de que intervienen diferencialmente, para producir diversos grados y patrones de acción colectiva. Si ignoramos esos procesos mediadores, no tenemos manera de conocer cómo la estructura es “traducida” en acción, o bien para poder explicar la gran variedad de rasgos y consecuencias que caracterizan a los nuevos movimientos. El salto en la teoría de los nuevos movimientos sociales que Oloffson (1988:24) llama de “la Gran Teoría” al nivel de la movilización de la acción, explica por qué es muy pobre para poder competir entre los parámetros estructurales del modelo y las diferentes características de los movimientos que intenta explicar.

² Ideación: proceso psico-social por medio del cual el sujeto “genera” un ideal a seguir.

Tipos de nuevos movimientos

Los movimientos más frecuentemente estudiados desde el punto de vista de la teoría de los nuevos movimientos sociales son el ambientalista, especialmente su rama antinuclear; el feminista y el movimiento por la paz.

El movimiento estudiantil, que la mayoría de especialistas señalan como el originador (creador) de los tres anteriores, fue el primero que mostró muchas de sus características organizacionales e ideológicas. Resumiendo los hallazgos de una síntesis de la literatura acerca de esos movimientos en los países occidentales, tenemos que:

El movimiento estudiantil crece en todos los cuatro países a mediados de los sesenta. Para el final de la década, los movimientos feminista y ambiental habían surgido, y a principios de los ochenta apareció el movimiento por la paz. El movimiento estudiantil es el único de los cuatro que no tiene una existencia duradera como tal, pero el movimiento feminista ha declinado casi en todas partes en sus formas originales. Los movimientos ambientales y por la paz están aún mucho más vivos (Klandermans y Tarrow, 1988:18-19).

Para algunos teóricos, esas características comunes soportan la noción de que esos cuatro tipos de movimiento representan una nueva y única ola de movimientos en el escenario de la historia. Un punto de vista alternativo es que la nueva ola de movimientos fueron un producto de la fase de declive del ciclo de movilización de los sesenta. En este caso, su “novedad” podría ser sólo parcial; es decir, formas diferentes de pasadas olas de movimientos y podrían consistir en cualidades emergentes que los teóricos han encontrado en muchos de los movimientos, nuevos y viejos. Si éste es el caso, ellos podrían ser fácilmente integrados dentro de las políticas institucionales después del ciclo, más que si se tratara de expresiones de un “nuevo paradigma político”.

Se podría argumentar que los cuatro tipos de movimientos, como en el propio ciclo de los sesenta, nunca fueron completamente nuevos, ni genéticamente ni sustancialmente. Ellos crecieron parcialmente fuera de los alineamientos y conflictos políticos tradicionales, fueron condicionados por ellos, e interactuaron con actores políticos tradicionales desde el principio. A pesar de una retórica antipolítica radical y acciones ocasionalmente dramáticas, sus líderes fueron actores políticos astutos que aprendieron a usar las oportunidades que el sistema político les provee a ellos. De hecho, podemos aprender más acerca de esos movimientos estudiando sus relaciones con el

paradigma político existente, que declarando acerca de su obsolescencia.

Nuevos movimientos y viejas prácticas políticas

En primer lugar, la mayoría de los estudiosos estaría de acuerdo en que los movimientos de los setenta tienen su origen en el estudiantil de finales de los sesenta. Sin embargo, aunque la reseña de éste ha glorificado su novedad y su rechazo de las convenciones, en la mayoría de los países crecieron fuera de la izquierda estudiantil existente, así como de las asociaciones dirigidas por partidos políticos. Muchos de los líderes obtuvieron su experiencia en esas organizaciones. A pesar de sus diferencias hacia el sistema tradicional de partidos políticos, eso facilitó su cambio hacia ellos después del final del ciclo de movilización de masas.

Así como en el caso de otros importantes movimientos de los setenta, el ambientalista resultó particularmente un nuevo fenómeno, pero fue especialmente la expresión casi exclusiva de grupos y asociaciones interesados, los cuales fueron radicalizándose en la atmósfera de los sesenta. En forma similar, los movimientos feminista y por la paz revivieron actividades que surgieron alrededor del cambio de siglo, ambos representaron importantes herencias ideológicas y organizativas que resurgieron en los sesenta (Oloffson, 1988:31).

En segundo lugar, con respecto a las relaciones entre los nuevos movimientos y el sistema de partidos existente, tenemos que, los partidos de izquierda, particularmente cuando son de oposición, influyeron en la fundación de grupos más institucionales de esos movimientos, lo que ocasionó desde el principio una división entre grupos institucionalizados y no institucionalizados.

Siguiendo el desarrollo de los nuevos movimientos a través de los años setenta y ochenta, se observa que ellos revelan más rasgos convencionales y menos de esa ruptura radical que teóricos como Touraine encuentran en ellos. En principio esto no se debe a que los líderes se hayan vuelto conservadores, por el contrario, muchos permanecieron atados a sus ideologías hasta la actualidad. Más bien se debió a que la movilización de masas que dio surgimiento a los movimientos sociales había declinado y el potencial de movilización restante fue ampliamente debilitado por la gente que no tenía una visión radical general.

En tercer lugar, sobre las oportunidades políticas, los líderes de los nuevos movimientos rápidamente encontraron el camino y las habilidades para utilizar los instrumentos que algunos de sus opositores en el sistema de partidos les fueron enseñando. Ellos, sin embargo, los superaron en la exacerbación de los conflictos dentro del sistema de partidos, lanzando drásticas demostraciones en torno a temas que los tradicionales partidos de izquierda habían defendido en su agenda política, pero que abordaban más tímidamente.

Desde luego que esta breve síntesis no puede dar cuenta de las complejas relaciones entre los nuevos movimientos sociales y el “viejo” sistema político, sino más bien busca subrayar que el argumento principal para considerar el contexto de un “nuevo paradigma político” es que los nuevos movimientos son vistos como un producto de la unión del sistema tradicional y de un ciclo de protesta que provocó un elevado potencial de movilización, con un buen número de nuevos marcos de acción colectiva. Como el ciclo de movilización de masas declinó, se dieron aún ciertas oportunidades para que determinados movimientos emprendieran su organización, en torno a temas específicos. Los nuevos movimientos se vieron a sí mismos como los precursores de un nuevo paradigma político y ese supuesto fue una parte importante de su atracción (encanto). Sin embargo, poco se ganaba —y muy poco del rigor necesario— considerando la propia declaración de los movimientos como una descripción de su realidad, especialmente cuando tal “novedad” era también algo típico de formas anteriores de movilización.

Si tenemos en cuenta la preponderancia de Estados autoritarios y dominantes en América Latina, puede comprenderse que en muchos casos se volvió políticamente no viable la organización de movimientos sociales a partir de demandas de clase, por lo que el calificativo de “nuevo” pareció justificar la expresión estratégica de identidades diferentes, aún cuando el propósito efectivo estuviera en la lucha de clases (Davis, 1998:107).

Sin embargo, al observar con más detenimiento la pertinencia de los paradigmas EOP y NMS, se advierte un problema de fondo, ya que se elaboraron para responder a circunstancias y condiciones específicas en los Estados Unidos y Europa, por lo cual toda aplicación que no corresponda a los supuestos que les dieron origen, corre el riesgo de

tergiversar el encuadre e impedir el conocimiento de los movimientos sociales en la situación concreta como actúan.

En primer lugar, es necesario considerar que el paradigma de los NMS es producto de los trabajos de sociólogos franceses por comprender y explicar los movimientos estudiantiles de 1968 (Touraine, 1981); aunque la aparición posterior de movimientos ambientalistas, feministas y antinucleares que se desarrollaron en Europa en los años setenta y ochenta contribuyó a su elaboración, particularmente entre sociólogos alemanes como Habermas, interesados por las consecuencias del industrialismo avanzado y la modernidad. Esto se debió, sobre todo, a que se percibía que el movimiento estudiantil era protagonizado principalmente por la clase media, comprometida con la transformación de la cultura, la sociedad y el sistema político mismo. En general, los actores estudiantiles no lograron establecer alianzas firmes y duraderas con la clase obrera, situación que sucedió también con las primeras generaciones de feministas, ambientalistas y activistas antinucleares; no obstante los esfuerzos por alcanzarlo. Por ello, parece entendible que los académicos que teorizaron estos movimientos los conceptualizaran como al margen de las clases y “nuevos”, puesto que expresaban una lógica política y social diferentes. Entonces, cabe aceptar que fue sobre todo el movimiento estudiantil de finales de los sesenta y principios de los setenta lo que llamó la atención especializada hacia el campo de los movimientos sociales.

Otro hecho significativo fue que el pronunciamiento estudiantil estadounidense presentó muchas similitudes con el europeo, tanto en lo relativo a la época de aparición como en la búsqueda de transformación de la cultura y la sociedad, así como la intención de acercarse a las preocupaciones de la clase obrera en su movimiento sindical. Incluso, como sucedió también en Europa, el movimiento estudiantil en Estados Unidos fue el germen del activismo ambientalista, feminista y antinuclear de las décadas siguientes (Da vis, 1998:111).

En el viejo continente, los estudiosos de los movimientos sociales asumieron el rechazo de la identidad de clase y la lucha de clases como ejes de muchos movimientos sociales, lo que contribuyó a su caracterización como “nuevos”. Y si bien muchos movimientos sociales de finales de los sesenta después no aceptaron la política de la

clase obrera como respuesta a los problemas de entonces, hay que considerar que esto tenía que ver con que los movimientos obreros se habían involucrado directamente en la política formal como actores centrales en los partidos gobernantes, así como en las formas de coalición impulsadas por los estados de bienestar.

Ahora bien, la cuestión radica en que los paradigmas EOP y NMS no ofrecen un marco adecuado para comprender lo que sucede con los movimientos sociales en América Latina. La cuestión crítica estriba en que se elaboraron a partir de premisas y experiencias específicas en relación con la modernidad, la democracia y la formación y actuación del Estado que no corresponden con la realidad latinoamericana. Esto es, los estudiosos europeos de los nuevos movimientos sociales conciben la modernización como algo que produce sub-esferas altamente diferenciadas, en las cuales permanece una separación conceptual clara y precisa del Estado y la sociedad. De ahí que la idea de Habermas de que el Estado puede “colonizar” el mundo de vida, se basa en esa identificación del Estado y la sociedad como ámbitos independientes, situación que no es así en América Latina, donde al no existir esa diferenciación clara, el aparato estatal actúa con mayor autoritarismo y violencia para con la ciudadanía.

Sobran ejemplos de la actuación represiva del Estado en América Latina, pero también existen múltiples casos en que éste y la estructura de clases se encuentran históricamente articulados, de tal manera que es imposible observar la separación que existe en las experiencias de Estados Unidos y Europa. Tal entrelazamiento, que ante todo se deriva de una larga historia de corporativismo e inclusión popular, que ha desdibujado las fronteras institucionales y conceptuales entre el Estado y los actores sociales, puede limitar e incrementar el poder del Estado sobre la sociedad civil (Davis, 1998).

Y así como la relación entre ambos presenta peculiaridades en América Latina, a partir de la formación estatal y las clases sociales, igualmente lo son en cuanto a las estructuras políticas formales que establecen los nexos de los ciudadanos con el gobierno, lo que también implica que los modelos “extranjeros” no sean aplicables a nuestra situación. En particular, hay que tener en cuenta que los teóricos del enfoque NMS parten de la experiencia europea en la cual un Estado muy centralizado, aunque democrático, ha derivado en reducidas oportunidades de respuesta del nivel estatal al local, por lo que la

democracia se ha manifestado sobre todo en la esfera de la cultura política y en el lenguaje de lo público más que en la política formal o en la respuesta política del Estado. Aunque los gobiernos latinoamericanos presenten la centralización de los europeos, carecen de las estructuras e instituciones democráticas formales (Davis, 1998:113).

También es verdad que los Estados latinoamericanos responden ocasionalmente a las demandas sociales a nivel local como en los muy descentralizados de los Estados Unidos; no obstante, los singulares patrones de formación del Estado y las clases determinan la ausencia de respuestas homogéneas así como que éstas se encuentran jurídica e institucionalmente garantizadas. De ahí que en la mayoría de los casos, la actuación de los movimientos sociales, lejos de favorecer la democracia, y precisamente debido a la centralización del poder y la naturaleza antidemocrática de la mayoría de los países latinoamericanos, han provocado la represión estatal más que un avance en la lucha social de liberación.

Por otra parte, hay que considerar que en gran medida, los llamados nuevos movimientos sociales en realidad son “viejos”, aunque presentan algunas características de los actuales. Tal es el caso de los movimientos de la clase trabajadora y sindicales, denominados como “viejos”, a pesar de que surgieron básicamente en el último siglo y que con el tiempo parecieran ser más bien un fenómeno temporal vinculado con el desarrollo del capitalismo industrial (Gunder y Fuentes, 1990:22).

Los movimientos de la clase trabajadora pueden ser analizados como específicos, que han surgido y siguen emergiendo en diferentes lugares y momentos, a partir del proceso de industrialización. Por ello, más que denominarlos como movimientos sociales “clásicos” y diferenciarlos de los “nuevos”, hay que darles su caracterización particular, ya que en todo caso se trata de un fenómeno reciente y transitorio, además de que estos movimientos generalmente han sido orientados hacia lo local, lo regional, y en algunos casos hasta lo nacional, o sea, que expresan rasgos atribuibles a los “viejos” movimientos, así como otros que serían definatorios de los “nuevos” movimientos sociales.

Particularidades del movimiento estudiantil

En una reflexión teórica general acerca del movimiento estudiantil hacia finales de los noventa, se advierte que presenta muchos de los rasgos que le caracterizaron desde su gran presencia a finales de los sesenta, que logró incorporar los aspectos más relevantes de las experiencias de los años ochenta, y que asimismo incorpora los rasgos específicos de la situación social tan difícil para la mayoría de la juventud mundial al final del milenio, donde los problemas relativos a la crisis y graves desajustes sociales han incidido en las tendencias emancipadoras de muchos movimientos estudiantiles.

Desde la preocupación básicamente teórica, esas circunstancias conllevan la necesidad de adecuar los enfoques a las condiciones concretas, y buscar la generalización que permita el análisis de los distintos casos. Para tal efecto, en este artículo sólo señalaremos los puntos peculiares que definen al movimiento estudiantil como un caso particular de movimiento social. Como un tipo especial de nuevo movimiento social juvenil, presenta un conjunto de rasgos que configuran su especificidad. Para efectos de análisis, a continuación se integran sus rasgos típicos en algunas categorías que permitan seguir los ejes para su reflexión.

Conformación y organización

En cuanto a los integrantes del movimiento estudiantil, se trata de grupos pertenecientes a sectores modernos de la sociedad y la economía (Zermeño, 1978:246); es decir, relacionados con la ciencia y la tecnología y, en general, con la producción de conocimientos modernos. Esta situación implica dos cuestiones centrales: por un lado, que los estudiantes se encuentran en contacto directo con la generación de conocimientos, con el método científico que enseña a conocer la verdad a través de la investigación rigurosa; y el hecho de que están en un proceso de formación profesional por medio del cual van logrando una modificación social y personal para posteriormente insertarse en el mercado laboral. Se están preparando para ser parte de los cuadros profesionales que son el motor de la organización social. Esto significa que, por un lado, su forma de asumir la realidad y los problemas sociales ya no es ingenua ni del todo “colonizada” por el Estado y sus instituciones ni por ideología dominante, sino que estas influencias entran en cuestionamiento por una actitud de crítica y reflexión, de

búsqueda de la verdad y develamiento de las apariencias. Por otra parte, el que se encuentren en plena preparación profesional conlleva la preocupación de su futuro laboral, la responsabilidad social y las posibilidades de éxito o fracaso estrechamente relacionadas con sus estudios y la capacidad para resolver los problemas respectivos. En una palabra, cada alumno es un sujeto pensante y cuestionador, que ya no se conforma con los discursos ideológicos sino que se prepara para descubrir la verdad y a la vez construyendo su propia certeza para avanzar en su desarrollo.

El otro aspecto fundamental del movimiento estudiantil, es que se compone de masas de jóvenes en su mayoría pertenecientes a las clases medias de pauperadas que participan esporádicamente, y grupos de activistas que continuamente están llevando a cabo acciones diversas que, de alguna manera, mantienen la actividad del movimiento. Esto es muy importante por dos razones, debido a que el núcleo activista desempeña las siguientes funciones: a) conservación y actualización de la memoria colectiva del movimiento; b) actitud vigilante ante los acontecimientos, manteniendo siempre algunas pre-demandas del movimiento; c) inquietar a las masas estudiantiles sobre los problemas y las acciones a tomar, y movilización de las mismas; d) núcleo organizador del movimiento; e) planteamiento de las demandas; f) formular el discurso de la protesta estudiantil; y g) centro del mantenimiento material e ideológico del movimiento.

Lo más importante a destacar de la composición del movimiento estudiantil, es que con los grupos de activistas se está en posibilidad de impulsar las movilizaciones y encauzar la lucha hacia objetivos claramente definidos.

Un aspecto que también es importante tener en cuenta en relación con la composición del movimiento estudiantil, se refiere al hecho de que éste se renueva constantemente, incorporando a distintos participantes y cambiando los actores en diversos momentos; lo que implica, la renovación de los integrantes y con ello la posibilidad de enriquecer las propuestas, la participación y la fuerza del movimiento. Sin embargo, esa necesaria rotación de los actores implica diferentes formas de asumir el activismo, de concebir la lucha y de establecer los lazos internos de solidaridad con el resto de los compañeros.

En cuanto a su organización, el movimiento estudiantil se caracteriza, ante todo, porque logra un alto nivel organizativo, debido a

que articula dos niveles básicos: 1) se constituye la asamblea general como máxima autoridad del movimiento, en la cual se encuentran representados todos los participantes; y 2) se integra el nivel de las asambleas por escuela o centro educativo. Y en ambos se procede por medio de procedimientos democráticos, lo que garantiza que los intereses colectivos estarán por encima de cualquier interés particular, y también la posibilidad de analizar las decisiones y autocorregir el rumbo.

Interesa destacar cómo la base de la organización radica en prácticas de democracia directa, además del principio de la división del trabajo y la participación comprometida de todos los integrantes. Es decir, se combinan el voluntarismo para determinadas tareas, con la obligatoriedad en otras, lo que permite contar con responsables en todas las tareas y así cubrir los requerimientos del movimiento.

El otro rasgo que debe tomarse en cuenta dentro de la composición y organización es la dimensión del movimiento estudiantil, ya que generalmente se trata de un conjunto de actividades masivas. Esto supone un alto grado de consistencia y organización, además de una comunicación fluida y controlada. Por ello, los mecanismos de información, análisis y toma de decisiones suelen ser lentos, difíciles y complicados, sobre todo considerando que las instancias encargadas de tales funciones son las asambleas por centro educativo y la asamblea general.

Identidad e ideología

Una de las características del movimiento estudiantil es su identidad, entendida ésta como un elemento integrador de los movimientos sociales, en la medida que expresa la definición y autoreconocimiento del actor así como su diferenciación. Para el presente caso hay una serie de rasgos que le otorgan una especial importancia: 1) se encuentra estrechamente vinculada con los problemas generacionales (Zermeño, 1978:248), de ahí que en su movilización pueda expresar la irrupción de un sector social que manifiesta la crisis y la protesta de una generación de jóvenes, incluso los desajustes y descomposición sociales, evidenciando con esto su negativa a mantenerse aislados y sin voz propia, sino rebelándose en contra de la fatalidad de no poder ser, y de no contar con palabra ni lugar para verdaderamente vivir; 2) como un “exterior constitutivo” que expresa una desestabilización de la

identidad que viene irremediamente desde afuera, también enuncia la insatisfacción existencial y hasta la protesta emocional contra un medio social hostil, a través de los gestos, desplantes y estilos, por medio de la manifestación de diversas subculturas que buscan trastocar los estereotipos que son percibidos como necesarios de ser alterados; 3) el centro de la afirmación de una diferencia radica en que se trata de jóvenes para los que el medio social no es favorable ni permite contar con seguridad y confianza, y que incluso el presente se advierte complejo y excluyente, por lo que se asume una cierta cultura de resistencia; 4) la hostilidad del ambiente social generalmente provoca lazos de solidaridad que se mueven en lo profundo contra un enemigo que los cohesionan, ya que su negación de la identidad del movimiento estudiantil implica una amenaza contra la que se requiere actuar; 5) a contracorriente de las subculturas urbanas que campean en el movimiento, existe una búsqueda de identidad que va surgiendo en la dinámica de las comunidades estudiantiles, en una perspectiva de afianzar sus posiciones a pesar de la falta de participación y proyectos alternativos por parte de la mayoría del estudiantado; 6) por ello, y como una perspectiva integradora y esclarecedora de la identidad, se crea la asamblea como el espacio idóneo para el desarrollo del comunitarismo, donde pueden convivir jóvenes de las diversas adscripciones culturales, fusionados en torno a las demandas fundamentales; 7) otro de los rasgos distintivos de la identidad del movimiento estudiantil es la ruptura generacional en el terreno de la política, ya que tanto la ubicación del movimiento, el cual se sitúa al interior de la sociedad civil, como sus objetivos, que en lugar de relacionarse con la política persigue un cambio de valores y estilos de vida así como la defensa de la sociedad civil; es decir, se presenta una oposición a la política como búsqueda o lucha por el poder, manifestando en cambio un sentimiento de agravio moral y de ser víctimas de una injusticia contra toda la generación de estudiantes; 8) no obstante las fallas y contradicciones que por lo general presentan los movimientos estudiantiles, buscan impulsar la tarea de rescatar los atributos positivos de la organización social, rechazando todo aquello relacionado con la corrupción, la hipocresía y los malos manejos. Por ello es que recurre frecuentemente a la crítica como instrumento de cuestionamiento, así como a la desconfianza de todo lo que no corresponde a los principios dentro de los que se define su identidad. Especialmente, desconfianza con respecto a las autoridades y

cualquier forma de imposición; 9) de ahí que por lo regular se dé una identificación con los excluidos, dominados y explotados, tanto porque existe un sentimiento de que también el sector estudiantil padece ciertas formas de dominación y exclusión, como a que tal situación justifica y legitima las acciones de protesta y rebeldía, y 10) la identidad se define en la lucha, en el conjunto de acciones y movilizaciones, a través de las cuales se logra la integración social, la cohesión y la resistencia, por lo que aparecen diversas y novedosas formas de solidaridad y actitudes asociativas acordes a las condiciones de la lucha.

Como otro componente importante de la identidad, la ideología del movimiento expresa aquellos ideales y principios, por lo general éticos, que guían las acciones. En este sentido, el movimiento estudiantil presenta una clara diferenciación entre la ideología de los dirigentes y la de los integrantes de base. Los primeros generalmente cuentan con una ideología bien definida, de carácter crítico, izquierdista o al menos no oficial; en tanto que las bases de estudiantes no tienen una ideología bien definida ni formada, aunque es claro que la identificación que se da con los líderes conlleva la aceptación o al menos simpatía por esos principios.

Demandas

Las peticiones del movimiento estudiantil se caracterizan porque incluye dos tipos de reivindicaciones: unas de carácter gremial, relativas a su situación de estudiantes, como son la gratuidad de la educación, los sistemas de enseñanza, comedores estudiantiles y otros; y aquellos de índole política, como son el de bate acerca de la condición de la Universidad, o bien las posibilidades de participar en la conducción general de la sociedad, la política universitaria y la nacional. La cuestión es que no resulta fácil ni evidente la distinción entre los dos tipos de demanda, ya que generalmente se suponen mutuamente. Para los casos de América Latina, el factor o dimensión política ha predominado ya que resultaba más controversial debido, sobre todo, a los rasgos de la relación entre sociedad y Estado, y a la práctica autoritaria de éste en la mayoría de los países de la región.

También es común que las demandas del movimiento estudiantil expresen y resuman los anhelos de libertad de las sociedades particulares en que surgen.

Desempeño

El conjunto de acciones del movimiento estudiantil es uno de los aspectos fundamentales que lo identifica y donde puede analizarse su alcance y limitaciones. Por lo general es un detonador del descontento y multiplicador de otros movimientos, ya que tiene la capacidad de provocar, entusiasmar y motivar la movilización de obreros y otros sectores, y se va dando un acercamiento con el pueblo y sus luchas, así que contribuye a la politización de la sociedad.

Sin embargo, por la misma lógica del estudiantado y lo coyuntural de sus movilizaciones, presenta una oleada, flujo y reflujo, que sin ser exclusivos de los movimientos estudiantiles, sí es una pauta general estrechamente relacionada con las condiciones y potencialidades del movimiento.

En los momentos de mayor flujo, el movimiento estudiantil, por su composición y decisión, puede tener rápidamente a radicalizarse, y a resultar sumamente explosivo en cuanto a sus acciones. Pero igualmente factible es que llegue a registrar fragilidad y presentar actitudes inmaduras y sectarias, considerando que es un movimiento masivo, heterogéneo y en gran medida ideológicamente inconsistente y discontinuo en sus prácticas democráticas, las que pueden verse afectadas por la misma inercia combativa y las contradicciones internas no bien resueltas.

También puede registrar una dificultad para lograr suficiente participación en problemas académicos y políticos por parte de la mayoría del estudiantado, debido tanto a su falta de compromiso político, como al esquema de participación impulsado por los dirigentes, que suelen “manejar” los asuntos con base en intereses, en ocasiones, ajenos al interés estudiantil inmediato o directo.

A pesar de lo anterior, se trata de movimientos que resignifican los problemas nacionales que no han sido atendidos o resueltos por el sistema político, implicando el surgimiento de manifestaciones democráticas novedosas. De ahí que una de sus características peculiares sea el despliegue inagotable de imaginación juvenil, con diversos métodos de acción y representación de los problemas y propósitos que persigue. Se trata sobre todo de movimientos que buscan liberar a la sociedad civil del autoritarismo estatal y lograr un avance en la democratización de la vida política de la sociedad.

Discusión

- La teoría de los Nuevos Movimientos Sociales es un eje de análisis para investigar el movimiento estudiantil en América Latina, bajo la condición de considerar el carácter estructural del papel del Estado en la organización social, así como las relaciones de aquel con la sociedad civil en los países que la integran.
- El movimiento estudiantil conlleva una orientación política en la medida que cuestiona y demanda el uso de recursos y condiciones manejadas por el Estado, ya sean reivindicaciones gremiales o cambios sociopolíticos.
- Por sus rasgos peculiares, el movimiento estudiantil ha tenido presencia significativa tanto en el periodo de cambios político-sociales de finales de los sesenta, como en plena embestida del neoliberalismo en los ochenta, y ahora en que los países y gobiernos se replantean la política económica, y la sociedad civil a nivel mundial ha re-iniciado el camino por consolidar su participación, impulsando acciones y causas democráticas y populares.
- Como un tipo especial de movimiento social, tiene la cualidad de funcionar como fuente e impulso para el surgimiento de otros movimientos que representan un avance y fortalecen las luchas por la igualdad y la justicia sociales.
- Como fuerza social coyuntural, su accionar se vincula directamente con determinados ciclos de crisis y de protesta para lograr una mayor trascendencia.
- Asimismo, por ser una expresión de las inquietudes y problemas de la juventud, se ha convertido en un movimiento muy sensible a los viejos cánones del autoritarismo, la falsedad y la negación de las identidades emergentes; por lo que su potencialidad explosiva, será fuerza latente que en determinados momentos y bajo ciertas condiciones estallará abiertamente.
- Al finalizar el siglo XX, el movimiento estudiantil aparece alzando la voz en contra del modelo socioeconómico neoliberal excluyente, y para reivindicar los derechos del pueblo como el actor central de las demandas por un cambio social, y que ahora encuentra en la lucha como parte consciente y combativa de la sociedad civil, una

nueva tendencia para agrupar fuerzas e innovar las acciones colectivas.

aranda@mail.uaemex.mx.

Bibliografía

- Bolos, S. (1999), *La constitución de actores sociales y la política*, México: UIA-Plaza y Valdés.
- Cohen, J. (1985), "Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements", en *Social Research*, vol. 52, núm. 4 (invierno) pp.1-27.
- Dalton, Russell (1987), *Environmental Movements in Western Democracies*, Princeton NJ: Princeton University Press.
- Davis, D. (1998), "La fuerza de la distancia. Hacia una nueva teoría de los movimientos sociales en América Latina", en *Anuario de Espacios Urbanos 1998*, México: UAM-Azcapotzalco, pp.105-145.
- Freeman, J. (1975), *The politics of Women's liberation*, New York: Mckay.
- Gunder, Frank A. y M., Fuentes (1990), "Diez tesis acerca de los movimientos sociales", en *El juicio del sujeto. Un análisis global de los movimientos sociales*, México: FLACSO-Porrúa.
- Habermas, J. (1981), *New social movements*, Telos 49 (Fall), pp. 3-37.
- (1986), *Ciencia y Técnica como Ideología*, Madrid: Tecnos.
- (1988), *Teoría de la Acción Comunicativa*, t. I y II, Madrid: Taurus.
- Hirsch, Freed (1977), *The social limits to Grow*, London: Routledge and Kegan Paul.
- Hirshman, Albert (1982), *Shifting Involvements*, Princeton: Princeton University Press.
- Inglehart, Roland (1971), "The silent Revolution in Europe: Intergenerational Change in Post-Industrial Societies", en *American Political Science Review*, núm. 65: 991-1017 pp.
- (1977), *The silent Revolution. Changing Values and Political Styles among Western Publics*, Princeton NJ: Princeton University Press.
- Klandermans, B. and S. Tarrow (1988), "Mobilization into Social Movements: Synthesizing European and American Approaches", en *Structure to Action: Comparing Social Movement Research across Cultures*, Greenwich Conn: JAI, pp.1-40.
- Kornhauser, William (1985), *The politics of Mass Society*, New York: The Free Press.
- Kriesi, H. (1988), "The interdependence of Structure and Action. Reflections on the state of the Art", en *From Structure to Action: Comparing Social Movements Research across Cultures*, Greenwich, Conn: JAI, pp. 349-368.
- Melucci, A. (1980), "The New Social Movements: A theoretical Approach", en *Social Science Information*, núm. 19, pp. 99-226. .
- (1985), "The symbolic Challenge of Contemporary Movements", en *Social Research*, núm. 52, pp. 789-816.
- (1988), "Getting Involved: Identity and Mobilization in Social Movements", en *Structure to Action: Comparing Social Movements Research across Cultures*, Greenwich, Conn: JAI, pp. 329-348.
- Muro, V.M. (1994), *Iglesia y movimientos sociales en México 1982-1987. Los casos de Ciudad Juárez y el Istmo de Tehuantepec*, México: RNIU-Colegio de Michoacán.
- Offe, Clauss (1985), "New Social Movements: Challenging the Boundaries of Institutional Politics", en *Social Research*, núm. 52, pp. 817-868.

José María Aranda Sánchez

- (1988), "Reflections on the Institutional Self-transformation of Movement Politics: A tentative Stage Model", en *Challenging the political order*, New York: The Free Press.
- Oloffson, G. (1988), "After working-Class movement? An essay on what's 'new' and what's 'social' in the New Social Movements", en *Acta Sociológica*, núm. 31, pp. 15-34.
- Tarrow, Sidney (1989), *Struggle, Politics and Reform; Collective action, Social Movements and cycles of Protest*, New York: Columbia University.
- Touraine, A. (1981), *The voice and the eye. An analysis of Social Movements*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Zermeño, Sergio (1978), *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*, México: Siglo XXI.